

**DISCURSO DE LA EXCMA. Y MAGFCA. SRA. RECTORA DE LA  
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA, D<sup>a</sup>. ADELAIDA DE LA CALLE PARA EL  
NOMBRAMIENTO COMO DOCTORA HONORIS CAUSA DE D<sup>a</sup>.  
MARGARITA SALAS FALGUERAS**

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades,  
Profesoras y profesores,  
Personal de administración y servicios,  
Alumnas y alumnos  
Señoras y señores,

El Claustro de la Universidad de Málaga acaba de recibir a la Profesora Salas como nueva Doctora Honoris Causa.

Lo ha hecho igual que siempre.

Con la solemnidad de la tradición que hunde sus raíces en la Historia. Y sigue viviendo entre el latín medieval y el rito fraterno de la ilustración.

Con el ceremonial que representa el acto supremo de difusión del conocimiento.

La esencia del espíritu universal de la institución.

El acto formal con el que nuestros antepasados invitaban a personalidades de la ciencia a formar parte del claustro.

Hoy, la universidad de Málaga, como institución, se honra en recibir a una ilustre mujer de la ciencia.

Un sentimiento que nos invade especialmente a quienes en clase y en el laboratorio de prácticas hemos sido sus alumnos.

A quienes tanto hemos aprendido de ella.

A quienes incluso, mas allá, nos hemos dejado llevar por su entusiasmo contagioso. Y elegimos la investigación.

Han pasado ya muchos años. Por esas coincidencias de la vida, mil novecientos sesenta y siete no solo fue el año de su regreso a España. Fue también el de mi ingreso en la Universidad Complutense.

Algunos de los que comenzábamos a estudiar Ciencias: sección biología, tal y como se denominaba en aquel entonces, ya teníamos claro adonde queríamos ir después.

Sin duda alguna, a la investigación.

Éramos jóvenes vocacionales, a los que nos gustaba hacer preguntas sobre aspectos más o menos científicos, preguntas que con toda seguridad estaban mal estructuradas, menos mal que nos sobraba entusiasmo e ilusión para encontrar respuestas que creíamos adecuadas.

Al poco tiempo empezó a oírse por la facultad de Ciencias que habían venido de Estados Unidos dos jóvenes profesores al Consejo de Investigaciones Científicas.

Eran Margarita Salas y su marido, Eladio Viñuelas. Ambos discípulos del profesor Severo Ochoa.

Iban a impartir una nueva asignatura ofertada por la Cátedra de Bioquímica, de la que entonces era titular el profesor Municio.

La asignatura se llamaba "Genética molecular" solamente el llevar incluido el nombre de "molecular" nos cautivó a todos.

Era lógico. Por aquel entonces, la ciencia que se hacía en España era muy poco molecular.

Nuestro conocimiento de ella se debía más a la bibliografía existente que a la oferta de laboratorios en los que se practicaba.

El hecho de que estos nuevos profesores, Margarita Salas y Eladio Viñuelas, pudieran darnos esta materia optativa en nuestro currículo ya representaba toda una oportunidad.

Y vaya si la aprovechamos. Los de mi promoción y los de otras muchas que nos siguieron.

Recuerdo que la clase estaba siempre llena. Hasta arriba.

Y que nada más entrar en ella era como sentirse en otro país. Como en los Estados Unidos.

Los conocimientos que nos transmitían eran el resultado de sus trabajos, o el de colegas suyos.

En cualquier caso representaban la vanguardia de una ciencia floreciente que ellos habían podido tocar con las manos.

No en balde casi acababan de volver de trabajar con Severo Ochoa. De compartir con ellos los almuerzos en el comedor de la facultad neoyorquina. Las tertulias de sobremesa, hablando de ciencia. De arte. De cine.

Habían convivido con el Nobel que puso los cimientos de la biología molecular de los años cincuenta y sesenta.

Desde luego, muchos de aquellos estudiantes ya lo teníamos muy claro. Queríamos ser investigadores.

Pero Margarita y Eladio nos dieron el empujón definitivo.

Por aquel entonces seguía siendo cierto el viejo adagio. “La diligencia en escuchar es el mejor camino hacia la ciencia”.

Lo he pensado muchas veces. Algo especial debían transmitir. Algo que nos dejó una gran huella.

Nunca olvidaré, por ejemplo, los apuntes de clase. A lo largo de los años de profesión y después de varias mudanzas, fui desprendiéndome de apuntes de distintas asignaturas de la carrera.

Curiosamente los únicos que conservo son los de genética molecular de cuarto.

Como es obvio, no los utilizo desde hace muchísimos años. Pero los guardo. Ahí siguen.

Por algún afecto especial, no me pregunten por qué. La razón, en cualquier caso, no sería científica...

Imagino que a muchos compañeros y compañeras de entonces les pasó algo semejante, de hecho hoy algunos de ellos son hoy investigadores de reconocido prestigio.

Sobre unos y otros debió fructificar la semilla plantada por Margarita. Y cómo no, por Eladio, una biografía fundamental en su vida. Y cuyo recuerdo nos preside hoy.

La producción científica de Margarita en biología molecular llegó a ser importantísima en poco tiempo.

Con descubrimientos que, como bien ha dicho el profesor Viguera, engrosarían luego los libros de texto. Hasta formar parte de historia de la ciencia.

Desde los primeros trabajos en enzimología a los siguientes, que fueron el fundamento de toda una trayectoria científica, basados en la replicación y control de la expresión del DNA del virus 0/ 29.

La ciencia española ha de estar eternamente agradecida a Margarita Salas.

Agradecida por volver a España. Y añadir, junto a Eladio, un soplo de aire fresco en aquel ambiente añejo.

Hoy, después de los años, profesoras, investigadoras como Margarita Salas siguen contribuyendo decisivamente a que el futuro de la ciencia se abra a la mujer.

Y haga más igualitario nuestro presente. Nuestro ahora.

Ella misma reconoce los avances que las mujeres están haciendo para conseguir la igualdad con los hombres en este campo.

Aun cuando sea un todavía camino largo existen ya datos que fortalecen esta idea, por ejemplo en la fundación Severo Ochoa se han concedido más becas para realizar la tesis doctoral a mujeres que a hombres, becas que se otorgan a través de convocatorias en igualdad de oportunidad y mérito.

Contribuyamos, pues, a que hombres y mujeres tengamos, no solo los mismos derechos teóricos, sino las mismas oportunidades reales, asumiendo responsabilidades y reconocimiento que la ciencia, hasta ahora, tenía especialmente reservado a los hombres.

Les aseguro que la Ciencia no se va a resentir con ello, sino todo lo contrario.

No hace mucho que Margarita Salas calificaba de héroes a los profesores universitarios que siguen investigando.

Es una afirmación que, a fuerza de ser cierta, debe hacernos reflexionar.

A nuestros científicos hay que pedirles trabajo y constancia. Pero nunca actos heroicos. Ni victorias inmediatas.

La investigación es una carrera de fondo. Lo decía hace años su maestro Severo Ochoa.

“Hay que hacer investigación básica de calidad-decía don Severo- . Hay que dejar al investigador libre para hacer esa investigación, pues de ella surgirán aplicaciones que no son previsibles y que redundarán en beneficio de la humanidad”.

Y lo sigue repitiendo hoy su discípula Margarita Salas con la misma tenacidad:

“Al investigador –dice Margarita- no hay que decirle lo que tiene que investigar. Hay que dejarle libertad para que investigue lo que le interesa. Porque de esta investigación podrán surgir resultados aplicables en cuestiones mucho más prácticas.”

Algo de lo que ella, ciertamente, podría hablar por experiencia propia. Su patente de una polimerasa de ADN proporcionó importantes beneficios a las empresas. Nuestra Ministra de Ciencia e Innovación, que fue discípula suya, puso el conocimiento generado en el laboratorio de Margarita Salas al servicio de la empresa que ella misma presidía.

Abramos, pues, esa posibilidad a la gente joven. Hagamos que se ilusione, que se sienta atraída por la investigación.

Hay un campo inmenso, apasionante.

Nuestros jóvenes científicos no pueden perder esa oportunidad.

No podemos ser cicateros con la Ciencia.

Si cerramos esa puerta, la estaremos cerrando a nuestro propio futuro.

Hace más de un siglo Pío Baroja advirtió, desde su atalaya literaria, que cualquier país que quisiera contar en el mundo no tenía más opción que invertir en ciencia.

Conviene recordarla de vez en cuando. Sobre todo ahora, en tiempo de cambios. De retos.

Tiempos en que toca decidir qué tipo de futuro queremos.

Y en los que, mas que nunca, sigue estando vigente la sentencia de Don Pío.

Si queremos contar, no habrá mas remedio que invertir en investigación.

Desde la propia base.

Desde la Universidad o desde los Centros de Investigación.

Fomentando a los investigadores.

Apoyándolos moral y económicamente.

Haciendo que la sociedad reconozca su trabajo. Que tome conciencia de que a todos nos va mucho en ello. De que un descubrimiento científico es siempre de gran rentabilidad para el país.

Y de que, como dice la propia Margarita Salas:

“Si no invertimos ahora en investigación, dentro de cinco o diez años, no tendremos nada.”

Ni la ciencia ni los científicos tuvieron nunca poder.

Al contrario, es el poder quien siempre ha tenido en su mano la posibilidad de dar alas o cortarlas según su escala de preferencias.

En ese sentido, creo que toda la Ciencia española se sintió honrada cuando el Rey concedió a Margarita Salas el marquesado de Canero.

Porque, más allá del título nobiliario, con ser importante, dejaba claro que en la escala de preferencias de la Corona figura la Ciencia. Y en lugar destacado.

Algo que, sin duda, la reforzará en su reivindicación sobre la inversión del 2% del PIB en investigación.

También en su idea de que, a ejemplo del Presidente Obama, nuestro Presidente, sea el que sea, cuente con un Consejo Asesor de Científicos. O, al menos, que al tratar temas científicos no se olvide consultar a los científicos más reconocidos y con mayor experiencia.

Hoy, ante nosotros, con medio siglo dedicado a la biología molecular, el Claustro de la Universidad de Málaga otorga el supremo grado académico a una gran científica. Pionera en la Ciencia por tantos conceptos.

Que supo ser profesora, investigadora, esposa, madre. Mujer en definitiva.

Hoy, Margarita Salas estrecha aun más sus lazos con nuestra Universidad. Con nuestra tierra.

Lazos múltiples, algunos de los cuales tienen nombre propio. El de su madre, nacida en Málaga.

El de nuestra entrañable profesora y querida compañera Francisca Sánchez.

El de su padrino, Enrique Viguera.

Lazos que nos unen en el amor por la ciencia. Por el conocimiento. La docencia y la investigación.

Lazos que estamos seguros la seguirán uniendo a jóvenes de ayer y de ahora.

Que un día se dejaron cautivar por la investigación.

Y aquí siguen. Con nosotros.

Profesora Margarita Salas. Sea cordialmente bienvenida al Claustro de la Universidad de Málaga. Muchas gracias.

I.